

Esta es una pequeña muestra
del libro *El pecado*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poima Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

EL PECADO

las cosas no son como deberían ser.

EL PECADO

las cosas no son como deberían ser.

CORNELIUS PLANTINGA, Jr.



LIBROS DESAFÍO™

Copyright © 2011 por Libros Desafío

El pecado: Las cosas no son como deberían ser

Autor: Cornelius Plantinga Jr.

Traductor: José María Blanch

Diseño de cubierta: Designs To Go!!

Maquetación: Libros Desafío

Título original: *Not the Way It's Supposed to Be: A Breviary of Sin*

Publicado por William B. Eerdmans Publishing Company

Grand Rapids, Michigan © 1995

Esta obra fue publicada originalmente bajo el título:

El pecado: sinopsis teológica y psicosocial, por Libros Desafío en 2001.

Las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Nueva Versión Internacional © Bíblica, 2010.

Utilizado con permiso.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Publicado por

LIBROS DESAFÍO

2850 Kalamazoo Ave SE

Grand Rapids, Michigan 49560

Estados Unidos de América

info@librosdesafio.org

www.librosdesafio.org

ISBN 978-1-55883-121-6

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Nos has entregado en poder de nuestras iniquidades.
Isaías 64:7

A Peter J. Kok,

*lector, cuentista, hombre de familia, jugador,
abogado, cristiano, amigo de juventud,
quien me ha enseñado más acerca del tema de este libro
que lo que puedo explicar*

Contenido

Prefacio.....	11
Agradecimientos	17
Introducción.....	19
1. Profanación del shalom	25
2. Higiene espiritual y corrupción.....	45
3. Perversión, contaminación y desintegración	57
4. El avance de la corrupción.....	69
5. Parásito	95
6. Farsa.....	113
7. Pecado e insensatez.....	129
8. La tragedia de la adicción.....	145
9. Ataque	165
10. Huida.....	187
Epílogo.....	211

Prefacio

En este libro intento recuperar una antigua convicción que ha ido desmoronándose y cambiando en décadas recientes. La conciencia del pecado solía acompañarnos como una sombra. Los cristianos odiaban el pecado, lo temían, huían de él, se afligían por él. El hombre que perdía los estribos se preguntaba si todavía estaba en condiciones de acercarse a la Santa Cena. La mujer que sentía envidia de su hermana —más atractiva e inteligente— se preguntaría preocupada si su pecado amenazaba su misma salvación.

Pero la sombra se ha ido desdibujando. En la actualidad, la acusación *has pecado* suele formularse con una mueca y en un tono que sugiere que se trata de una broma. En otros tiempos, esta acusación todavía tenía la fuerza de sobresaltar a las personas. Los católicos acudían a confesar sus pecados; los predicadores protestantes nos exhortaban a que confesáramos nuestros pecados. Y así solía ser. Crecí en los años cincuenta entre los calvinistas del oeste de Michigan, y creo que escuché tantos sermones acerca del pecado como acerca de la gracia. En aquellos días se suponía que no se podía entender lo que es la gracia o el pecado sin entenderlos a ambos.

Muchos cristianos recordarán sermones en los que los predicadores mostraron una clara exasperación a causa de algún pecado de la congregación. Cuando los predicadores llegaban al paroxismo de su enojo, formulaban acusaciones virulentas, en segunda persona plural, apuntando con el dedo a los culpables: «*Vosotros* sois pecadores, ¡sucios, culpables, miserables pecadores!» En ocasiones, las acusaciones homiléticas se aproximaron peligrosamente a la segunda persona singular.

Claro que, a veces parecía que los antiguos predicadores se olvidaban de que en su congregación también había creyentes sinceros y maduros. (¡Uno se pregunta qué lenguaje hubieran escogido para Hitler o Stalin!) Estos predicadores también podían parecer santurrones: querían que creyéramos que su corazón era tan puro que incluso en la adolescencia la escuela dominical tuvo para ellos más importancia que el sexo.

A pesar de todo, toda la gente sabía bien de qué hablaban estos predicadores. Hablaban del pecado. En los grupos confesionales de

hoy no resulta fácil saber si la gente entiende de qué se habla. El moderno lenguaje de la iglesia endulza las cosas: «Confesemos que tenemos un problema con la dinámica humana de la rectificación de las relaciones, y sobre todo con la forma tan débil en que formamos una red de contactos». O se dice: «Me gustaría decir que necesitamos tomar la santidad como un área de crecimiento». Pero cuando se trata de hablar del pecado, hoy en día las personas balbucean.

¿Por qué deberíamos hablar claro? ¿Por qué debemos recuperar la conciencia de la realidad del pecado? ¿Por qué debemos reformular la *doctrina* cristiana del pecado? La razón es que, aunque el cristianismo tradicional es verdadero, su verdad se opone a una buena parte del carácter de la cultura contemporánea. Por esto, la verdad cristiana necesita ser afinada constantemente. Las principales doctrinas del cristianismo necesitan ser reformuladas constantemente de tal manera que la gente las crea o renueve su fe en ellas. Es necesario despertar la conciencia clásica de estas doctrinas, de modo que las personas las sostengan o las recuperen. El acto de recordar y confesar nuestro pecado es como el acto de sacar la basura: no basta hacerlo una sola vez.

Pero quien en nuestro tiempo intente recuperar el conocimiento del pecado deberá superar grandes desventajas. Para decirlo con moderación, la conciencia moderna no fomenta la recriminación moral. En particular, no promueve el hábito de reprocharse a uno mismo. Los predicadores balbucean en cuanto al pecado. Los otros guardianes tradicionales de la conciencia moral a menudo la ignoran, la trivializan o evaden. Algunas de esas evasiones toman tiempo y requieren entrenamiento. Como ha observado el sociólogo James D. Hunter, los maestros de escuela ya no dicen algo tan claro como «¡Basta ya, por favor! ¡Estás molestando a la clase!» Porque estas palabras enjuician. En su lugar, si un maestro educadamente correcto ve a un joven sacudir las ventanas del aula con una pelota de tenis, lo que hará será proponerle una serie de preguntas solícitas: «¿Qué estás haciendo? ¿Por qué lo haces? ¿Cómo te sientes al hacerlo?»

Hunter agrega que en la actualidad la palabra *pecado* aparece más que nada en la carta de los postres de los restaurantes. Lo que es pecaminoso es una porción de «torta selva negra» o un «pastel de chocolate con crema y helado», pero mentir ya no es un pecado. La nueva medida del pecado es calórica.

Pero en la década de los 90 algunas de las antiguas brisas comenzaron a soplar de nuevo. Un columnista de una agencia importante de prensa se preguntaba «¿Por qué ya nada está mal?» Por otro lado, en 1992 el vicepresidente de los Estados Unidos se quejó de que la serie

de televisión Murphy Brown presentara en forma tan positiva la vida de una mujer que era madre soltera por decisión propia. El programa presentaba la vida de esta mujer como una opción más de estilo de vida. Su queja produjo carcajadas en los programas de entrevistas en televisión, aunque también recibió mucho apoyo de personas —incluyendo periodistas de artículos de fondo en *Newsweek* y *The Atlantic Monthly*— que por lo general no soportaban sus quijotadas.

En el verano de 1993, *The New York Times Book Review* publicó una serie de artículos sobre los siete pecados capitales. Estos artículos salieron de las plumas de autores como John Updike, Gore Vidal y Mary Gordon, y la cadena de televisión MTV produjo un video especial sobre el mismo tema. Luego, John Leo comentó —en el *U.S. News and World Report*— que los artículos del *Times* resultaron a menudo rebuscados y misteriosos, y que la producción de la cadena MTV fue tan fragmentada y trivial que mostró que sus portavoces carecían del vocabulario y marco de referencia necesarios para producir un programa acerca de un tema como ese. Con todo, el simple hecho de que estos medios se ocuparan de un tema como el pecado resultó sorprendente y adquirió dimensiones noticiosas.

Ese mismo verano, la revista *Theology Today* dedicó una edición completa al análisis serio del pecado, incluyendo artículos sobre la contrición, el pecado civil y la predicación sobre el pecado. Consciente de décadas de trivializar todo lo referente al pecado, Thomas G. Long tituló su editorial «Dios, ten misericordia de mí, por calcular mal».

En uno de los editoriales más conocidos y ampliamente reproducidos acerca de la moralidad de los años noventa («¿El gozo de qué?» 12 de diciembre de 1991), el *Wall Street Journal* enumeró una serie de escándalos sexuales públicos, como la acusación de abuso sexual que Anita Hill hiciera contra Clarence Thomas (candidato a la Corte Suprema), la confesión de Magic Johnson de estar infectado con VIH como consecuencia de su promiscuidad sexual, el sucio testimonio de William Kennedy Smith en el juicio por violación en Palm Beach. El *Journal* agregó luego, «Los Estados Unidos tiene un problema de drogas, un problema de sexo en las escuelas secundarias, un problema de asistencia social, un problema de SIDA y un problema de violaciones. Nada de esto desaparecerá hasta que un mayor número de personas en puestos de responsabilidad se atreva a explicar en términos abiertamente morales que algunas de las cosas que la gente hace hoy día son malas». Fue extraordinario que el *Journal* diera a entender claramente que había llegado el momento de sacar del ropero la palabra *pecado* para comenzar a utilizarla de nuevo en su sentido pleno.

Samuel Johnson dijo que necesitamos mucho más que se nos recuerde que se nos enseñe. El pecado no es una excepción. De hecho, para la mayoría de nosotros, que se nos recuerde nuestro pecado y nuestra culpa despeja nuestra vida e incluso nos da seguridad. Porque a diferencia de otras maneras de identificar los problemas humanos, el diagnóstico de pecado y culpa abre la puerta a la esperanza. Algo se puede hacer respecto a esta enfermedad y, de hecho, *algo ya se ha hecho* al respecto.

Pero los recordatorios deben ser oportunos. En la actualidad los libros acerca del pecado deben resolver preocupaciones y desenmarañar confusiones que ni Agustín ni Calvino experimentaron. A ellos no les preocupó que el naturalismo rebajase la majestad humana o que el humanismo de la Ilustración atenuase la corrupción humana. No tuvieron que sentirse perplejos ante la tendencia que se ve en el estado de California (USA), donde se combina la salvación con la autoestima, o de la tendencia de Latinoamérica a mezclar el cristianismo con lo esotérico y espiritista. Tampoco tuvieron que hacer frente a la posición cultural tan difundida de que el lugar adecuado para investigar las causas básicas de la maldad humana está en el departamento de psicología o sociología.

¿Cómo debe enseñarse la doctrina del pecado en ambientes donde el orgullo ya no es causa de espanto o donde incluso se lo alaba y cultiva? ¿Cómo enseñar acerca del pecado allí donde la detallada y amenazante lista de virtudes y vicios que San Pablo propone se ha reducido a causa de la tolerancia y la intolerancia, respectivamente? ¿Cómo hablar del pecado en lugares donde los impulsos democráticos han aguzado nuestra sensibilidad contra el pecado de la desigualdad pero que a la vez han invadido espacios que antes estaban reservados para lo trascendentalmente santo? ¿Qué puede decir la iglesia cristiana acerca del pecado cuando ella misma ha contribuido tanto a las tendencias mencionadas, incluyendo la tendencia a democratizar a Dios?

La modernidad ha moldeado la comprensión humana e incluso cristiana del pecado en formas importantes, algunas para bien y otras para mal. Cualquier reformulación de la comprensión cristiana del pecado debe prestar atención a estas influencias.

Por esta razón, lo que escribo lo escribo teniendo en cuenta a los que no son teólogos, y no sólo a los que son cristianos. Recordemos que aquellos que siguen otras religiones también pecan. Los secularistas pecan. Por cierto, los secularistas no piensan que su maldad sea una afrenta al Dios vivo y es improbable que la llamen pecado, pero incluso ellos —como todo el mundo— advierten, resienten y au-

mentan la injusticia, los delitos, la envidia, la maldad y otras vilezas. Mucho de lo que diré resultará, por tanto, totalmente comprensible para ellos, incluso si no aceptan su contexto y supuestos.

En cuanto a los cristianos, hoy se ve que en muchas iglesias ya no se enseña acerca de la doctrina del pecado, como lo fue en el tiempo de nuestros abuelos. Pocos de nosotros compensaremos esa carencia leyendo los grandes tratados teológicos del siglo veinte, como los de Karl Barth, Reinhold Niebuhr y Paul Ricoeur, o a teólogos latinoamericanos como Leonardo Boff, Samuel Escobar, Gustavo Gutiérrez, José Míguez, René Padilla, Juan Luis Segundo y Elsa Tamez. Lo que los cristianos leemos acerca del pecado —incluyendo las inteligentes exposiciones de psiquiatras como Karl Menninger y M. Scott Peck— probablemente se centra demasiado en sólo unos pocos aspectos del pecado, como la pérdida de la conciencia de pecado que experimentamos, en especial debido a que nos engañamos a nosotros mismos. Hay sociólogos, psicólogos y periodistas (como Stanford Lyman, Solomon Schimmel y Henry Fairlie) que han escrito excelentes exposiciones de los siete pecados capitales, pero no nos proporcionan un mapa conceptual más general del área del pecado.

Lo que periódicamente necesitamos son presentaciones de temas importantes que surgen dentro de la comprensión cristiana tradicional del pecado, presentaciones que contextualicen estos viejos temas en el marco de algunas de las corrientes de la modernidad, a fin de presentarlos de nuevo en un lenguaje común, ilustrado con un amplio abanico de fuentes literarias, periodísticas y generales. He aquí la razón de ser de este libro, se trata de un sumario sobre la teología del pecado (un «breviario» del pecado) acompañado de ilustraciones contemporáneas.

Mi meta, pues, es renovar el conocimiento de una realidad persistente que antes solía despertar en nosotros temor, odio y pesar. Muchos de nosotros hemos perdido este conocimiento, y deberíamos lamentar la pérdida. Porque al igual que otras insensateces de moda, la pérdida de nuestra conciencia de pecado podrá quizá resultar agradable pero también es devastadora. El engañarnos a nosotros mismos acerca de nuestro pecado es un narcótico, una represión tranquilizante y desorientadora de nuestro sistema nervioso central espiritual. Lo destructivo está en que si perdemos la capacidad de oír las notas disonantes de nuestra vida, tampoco podremos tocar las notas correctas y ni siquiera las reconoceremos en el comportamiento de otros. Con el tiempo nos volvemos religiosamente tan poco musicales que no entendemos ni la exposición ni la recapitulación de los temas principales que Dios toca en la vida humana. La música de la

creación y la música todavía más importante de la gracia nos entran por una oreja y salen por la otra sin causar admiración alguna y sin dejar ningún residuo. La belleza moral comienza a aburrirnos. La idea de que la raza humana necesita un Salvador suena anticuada.

Así que la meta más general de este estudio es renovar nuestra memoria de la integridad de la creación y aguzar nuestra vista para que captemos la belleza de la gracia.

Agradecimientos

Siento una especial deuda de gratitud para con Ronald Feenstra y Mark Noll, quienes me encaminaron hacia este proyecto; para con Kenneth W. Kuiper, mi maestro y amigo, quien leyó todo el manuscrito y lo corrigió repetidas veces; y para con los miembros de la división de teología en el Calvin Theological Seminary —colegas mejores que ellos nadie puede imaginar— quienes hicieron lo mismo. Gracias también a Melvin Rugen y Arie Leder, colegas de otros departamentos, quienes respondieron a mis preguntas en las áreas de la consejería pastoral y la teología bíblica, respectivamente.

También doy gracias a los miembros de Rockport and Winter Park Colloquia, y a Daniel Migliore, Gabriel Fackre, Richard Mouw, Lewis Smedes y Robert Roberts, todos los cuales me hicieron llegar comentarios acerca del plan para este libro; a mis estudiantes asistentes a lo largo de los últimos cuatro años, John Zevalking, Jim Van Tholen, David Rylaarsdam y David Den Haan; y sobre todo a la fundación Pew Charitable Trusts, cuya generosa donación me permitió dedicar tiempo para trabajar en este proyecto.

Y ahora a Kathleen, quien ha soportado mi aguzado interés por el pecado, la que ha tenido que ocultar la ominosa evidencia de que una vez sumergido en el tema del pecado quizá no podría volver a salir de él. A ti, Kathleen, te expreso mi gratitud por tu paciencia, ironía, fe y buen humor. Estas cualidades me han recordado una y otra vez que la belleza y la fortaleza tienen la última palabra.

Introducción

Cada día todos tenemos que enfrentar disgustos. Cuán a menudo ocurre que el primer conductor del carril para doblar a la izquierda es un distraído que se pone en movimiento como hipopótamo sobresaltado precisamente *después* de que la luz ha vuelto a cambiar a rojo. También encontramos higienistas dentales que llaman por el nombre de pila a pacientes de más edad y con más experiencia. Echamos dieciséis calcetines a la secadora pero sólo recuperamos quince. Incidentes como éstos no son más que simples molestias, y la gente sana los absorben como si fueran pequeñas burbujas que indican cierto exceso de cloro en el agua potable.

Algunos pesares calan más hondo que los pequeños disgustos diarios. Hay quienes lamentan haber tomado ciertas decisiones académicas que los aprisionaron en una profesión particular. Otros se arrepienten de locuras e indiscreciones juveniles. Casi siempre la gente se lamenta demasiado tarde por haber descuidado a amigos y miembros de la familia. De hecho, los recuerdos del pasado a veces nos hieren precisamente porque las sendas que en aquel entonces no seguimos ahora están interrumpidas.

Quizá es aun más mordaz cuando personas reflexivas sufren la angustia de darse cuenta que envejecen. Llegan a sentir con agudeza que el tiempo discurre en una sola dirección y que los tesoros, las oportunidades y la agilidad juvenil que una vez tuvieron ya no volverán. Peor aun, saben perfectamente cómo acaba la vida humana. Al meditar en el Salmo 23, el famoso teólogo luterano Joseph Sittler (1904-1987) comentó en cierta ocasión que aunque caminamos por el valle de la muerte una sola vez, pasamos toda la vida andando por el valle de sombra de muerte. Las personas de edad mediana se dan cuenta de la sombra más a menudo de lo que solían hacerlo.

Pero al extremo final de todo el espectro de preocupaciones se encuentran ciertos malestares que los teólogos llaman miserias. Por ejemplo, hay gente que se siente atrapada por la soledad. Ya sea que echen de menos el terruño, o que estén obsesivamente nostálgicas o en el exilio o románticamente abandonadas o enajenadas de sí mismas al punto de no sentirse bien ni siquiera en su propio cuerpo, las personas solitarias sufren porque están separadas.

La gente también sufre de aburrimiento, lo que el renombrado novelista y filósofo Walker Percy (1916-1990) llamó «el yo atiborrado consigo mismo».¹ La gente tiene temores. Temen el cáncer, temen perder su trabajo, temen que el amor se muera. Temen la guerra, temen a Dios y a los impuestos. Algunos luchan con la angustia, un temor persistente que se cierne sobre ellos. Además, cuando llegan esos momentos que llevan a la gente a reflexionar acerca de la vida —por ejemplo, unos 20 años después de haber salido de la secundaria—, muchas veces sienten un vacío enorme, sobre todo en cuanto a su trabajo. Por ejemplo, en momentos como esos el ejecutivo de una agencia publicitaria podría preguntarse de qué sirvió haber dedicado sus brillantes talentos y la mitad de su vida a la tarea de crear en la gente la necesidad de comprar un barajador eléctrico de naipes.

Todo el abanico de desdichas humanas, desde el desasosiego y la enajenación, pasando por la vergüenza y el sentido de culpa, hasta la impaciencia con los programas matutinos de televisión, todo este abanico nos dicen que en la vida humana las cosas no son como deberían ser.

Somos seres finitos, tan transitorios como las flores de la naturaleza e igualmente vulnerables a sus fuerzas. En cada estación y en cada país, la naturaleza misma recoge una terrible cosecha de seres humanos por medio de incendios, vientos, aguas o aludes de nieve o tierra. Trastornos al nacer, enfermedades y accidentes mecánicos recogen también su cuota. Incluso los corazones compasivos que no sufren de estas situaciones, se sienten afectados. A veces se sienten consternados, aunque sólo sea por cortesía.

Los disgustos, pesares y desdichas nos molestan en todas las formas que se conocen. Pero ninguno de estos inconvenientes importa más que el pecado. La razón es que el pecado distorsiona nuestro carácter, rasgo fundamental de nuestra condición humana. El pecado corrompe capacidades humanas poderosas, como el pensamiento, las emociones, el habla y la acción. El pecado hace que estas capacidades se conviertan en centros desde los cuales se ataca a otros, se les abandona u olvida. Ya es suficientemente malo que ofendamos a otros de manera involuntaria. Sin querer podríamos ofender a otros, podríamos ofenderlos siendo insensibles a sus sentimientos, o debido a una forma alienante de satisfacción personal. Quizá no queramos que nuestro carácter tenga esos defectos; de hecho, quizá ni siquiera sepamos que los tenemos. Pero si nuestras víctimas saben que los hemos ofendido consciente, deliberada e incluso fríamente, su acti-

1. W. Percy, *Lost in the Cosmos: The Last Self-Help Book* (New York: Farrar, Straus & Giroux, 1983), p. 71.

tud hacia nosotros no será sólo una de pesadumbre, como lo sería normalmente si los hubiésemos perjudicado de manera accidental. No sólo tendrán pesar, como lo suele ser cuando la naturaleza atrapa a las personas en su gran engranaje. Al contrario, nuestras víctimas se enfrentan a nosotros con indignación. Porque saben que las hemos violentado con algo poderoso y peculiarmente personal. Las hemos herido *voluntariamente*. Lo hemos hecho a propósito.

El pecado sobrepasa otros problemas humanos porque pervierte las magníficas cualidades humanas. Cuando las personas conciben y defienden petulantes fraudes políticos, cuando un músico se alegra al enterarse de que el recital de un colega recibió una reseña negativa, cuando un traficante de drogas busca y planea convertir a alguien en drogadicto, cuando una adolescente insulta a su confusa abuela, cuando imponemos a los demás estrictas normas morales en tanto que a nosotros nos concedemos muchas licencias, cuando los seres humanos hacemos estas cosas, ponemos de manifiesto la corrupción de nuestro pensamiento, emociones, intenciones, habla y disposición. Los humanos somos criaturas de una hechura maravillosa y delicada, somos seres con dignidad y responsabilidad especiales. Por eso, cuando abusamos así de nuestras capacidades más elevadas, no sólo provocamos el dolor y la consternación de la gente, sino su reprobación.

Además, el pecado es la raíz de esas grandes miserias que son la soledad, el desasosiego, la enajenación, la vergüenza y la futilidad. Esta es la segunda razón por la que el pecado es el principal problema humano. De hecho, el pecado suele ser causa y efecto de la miseria humana. El padre que abusa sexualmente de su hija la envenena, pues destroza toda la estructura de respeto propio que consolida su carácter. Esa niña quedará llena de vergüenza e ira hacia su pérfido padre y hacia la madre que consintió el pecado. Será una persona doliente a causa de su yo perdido e inocente. Por todo esto, es muy probable que al crecer, la niña abusada abuse de sus hijos o que agreda su propio sistema nervioso con grandes dosis de alcohol o que repetidas veces se case y divorcie.

Además, las arterias del pecado se entrelazan a través de la mayor parte de las desgracias de nuestra vida, a través de defectos de nacimiento, enfermedades, accidentes y molestias. Miles de niños del Tercer Mundo mueren a diario debido a enfermedades en su mayoría evitables. Sea por pereza o conformismo, los adultos no procuran prevenirlas. Miles de niños en el Primer Mundo nacen drogadictos porque sus madres los han envenenado en su vientre. Algunas personas que sufren enfermedades venéreas, a sabiendas ponen en terrible

riesgo la vida de su pareja. Sucede todos los días. Retrospectivamente muchos accidentes eran tanto accidentales como predecibles. Por ejemplo, un piloto, un salvavidas o un capitán de barco, en lugar de estar en condiciones que le permitan proteger a otros, se emborracha o se descuida o se pone a pensar en otras cosas. A menudo, es la combinación de factores como estos los que en forma letal y compleja causan estragos en el bienestar de los humanos.

Incluso una vida mal administrada puede ocasionar uno de los cotidianos disgustos del tráfico. Hay cierto género de conductores que primero le cierra el paso a uno con su vehículo para luego demostrar que fue intencional mostrándonos el dedo cordial (gesto bien conocido en todo el mundo). El conductor agresivo quizá sea tan sólo una persona que nunca se ha preocupado de controlar su ira y que se sentiría sorprendido e incluso furioso si se le sugiriera que debería comenzar a hacerlo.

Pero ¿qué diremos de los tornados, terremotos, inundaciones, incendios forestales o ataques de tiburones? ¿Diremos que en estos casos sin duda estamos frente a casos de males puramente naturales y no morales? ¿Diremos que en estos casos no serviría de nada que se hiciera mención menospreciativa de alguna intervención humana?

Estas preguntas tienen una doble respuesta: sí y no. Muchos de estos sucesos tienen causas naturales. Pero debemos diferenciar los sucesos naturales mismos del sufrimiento de quienes se atraviesan en su camino. Que la casa de uno sea arrastrada por una inundación suele ser algo malo, pero ¿es la inundación en sí misma necesariamente un incidente malo? ¿Podemos afirmar que las inundaciones no habrían desempeñado ningún papel en una creación totalmente buena? Y ¿está totalmente fuera del control humano todo sufrimiento que provenga de las fuerzas naturales?

El hecho es que algunos fenómenos naturales no tendrían por qué convertirse en desastres humanos. Estos sucesos podrían haberse previsto y evitado con el fin de minimizar el sufrimiento. La gente podría prepararse para dichas emergencias. La construcción defectuosa de puentes y edificios, el soborno de inspectores, la construcción codiciosa de condominios en conocidas quebradas o llanuras inundables, la indolencia que opta por ignorar la violencia repentina de las tormentas en las montañas a cuatro mil metros, estas y otras fallas humanas son las que muchas veces causan o agravan el sufrimiento producido por un desastre natural. Vemos que el pecado suele desempeñar al menos cierto papel en la clase y cantidad de mal que recibimos de lo que estamos acostumbrados a ver como sucesos amorales.

En la médula de la Biblia cristiana, los cuatro Evangelios describen todo lo que Dios ha hecho para derrotar el pecado y sus frutos. La forma misma de estos Evangelios nos dice cuán importante es el dolor. Como ya lo dijo el biblista Martin Kahler (1835-1912), los Evangelios son relatos de la pasión de Cristo precedidos de largas introducciones. En consecuencia, los cristianos siempre han medido el pecado, en parte por el sufrimiento que se necesitó para expiarlo. El evangelio habla de un cuerpo desgarrado y contorsionado en una cruz, habla de la extraña maniobra metafísica de utilizar la muerte para derrotar a la muerte. Con urgencia, el evangelio llama a los seres humanos a que se asocien con los sucesos de Cristo y con la persona que produjo dichos acontecimientos, y luego los invita a que hagan de esta persona y sus hechos el centro de sus vidas. Todo esto nos dice que el principal problema humano es desesperadamente difícil de arreglar, incluso para Dios, y que el pecado es la más duradera de todas las emergencias humanas.

Las Escrituras presentan el pecado usando ciertos conceptos principales —como la rebeldía y la infidelidad— que los expresa por medio de toda una gama de metáforas: el pecado es no dar en el blanco, apartarse de la senda, alejarse del rebaño. El pecado es un corazón endurecido y un cuello rígido. El pecado es ceguera y sordera. Es tanto sobrepasar un límite como fracasar en alcanzarlo, pues el pecado es tanto transgresión como omisión. El pecado es una bestia agazapada a la puerta. El pecado hace que las personas ataquen, evadan o descuiden su llamado divino. Estas y otras metáforas nos sugieren una desviación: aun cuando sea conocido, el pecado nunca es normal. El pecado trastorna la armonía de la creación y luego se opone a la restauración divina de dicha armonía. Pero sobre todo, el pecado rompe y resiste la relación humana vital con Dios. El pecado lleva a cabo esta ruptura y resistencia en una serie de formas entrelazadas. Como observa el historiador Geoffrey Bromiley, la vida pecaminosa es una caricatura en parte deprimente y en parte ridícula de la vida humana genuina.²

En este libro intento mostrar y discutir estas cosas, quiero examinarlas desde diferentes ángulos, y aguzar el perfil del pecado comparándolo con algunos de sus prójimos conceptuales. En breve, el proyecto consiste en presentar la naturaleza y dinámica del pecado.

Para lograr mi cometido definiré el pecado, describiré cómo corrompe lo que es bueno y cómo se va propagando esta corrupción. Analizaré la naturaleza parasitaria del pecado y las ironías y preten-

2. G. Bromiley, «Sin» en *The International Standard Bible Encyclopedia*, vol. 4, ed. Geoffrey Bromiley (Grand Rapids: William B. Eerdmans, 1988), p. 519.

siones que esta cualidad genera, compararé el pecado con la insensatez y la adicción. Terminaré describiendo un par de las «posturas» o movimientos clásicos del pecado (ataque y lucha). Un breve epílogo nos recordará que lo que sea que digamos acerca del pecado condicionará lo que digamos acerca de la gracia.

El plan de esta obra podría parecer bastante académico, pero el tratamiento lo será sólo en parte. O para decirlo en forma algo diferente: este estudio tiene una puesta de mesa teológica tradicional, pero la comida no procede sólo de la Biblia y de San Agustín, sino también de libros acerca del crimen y las adicciones, de libros escritos por Garry Wills y William Manchester y Daniel Akst,³ de la revista *Newsweek*, de películas, del programa *Today* de la cadena de televisión NBC en los Estados Unidos de América. El libro trata del pecado, pero muchos párrafos hablarán de pecados.

Claro que, en un libro de este tamaño me sería imposible siquiera comenzar a enumerar y describir en detalle el número tan grande de pecados individuales, desde los llamativos a los triviales. En vez de ello, analizaré algunos de los siete pecados capitales, los hábitos más conocidos de los pecadores y algunos patrones de corrupción tan actuales como el periódico de hoy.

Al principio y al fin, y alguna que otra vez entre medio, trataré de mostrar contra qué se opone el pecado. En la posición cristiana, el pecado no es una entidad o tema independiente, y la única forma adecuada de encuadrarlo es con presentaciones de la creación y de la redención. En consecuencia, este libro comienza y termina con descripciones del shalom.

3. N. del E.: Garry Wills es experto en el análisis político y cultural, ganador del premio Pulitzer y autor de más de una docena de libros. William Manchester es un prestigioso historiador, novelista y corresponsal internacional, conocido principalmente por su obra *The Death of the President* (1967), una investigación acerca de la muerte del presidente J. F. Kennedy. Finalmente, Daniel Akst es un periodista y columnista cuyos trabajos aparecen con frecuencia en muchos diarios, como el *Los Angeles Times* y el *Boston Globe*. Su libro *St. Burl's Obituary* lo colocó como finalista del premio *Los Angeles Times Book Award*.

Capítulo 1

Profanación del shalom

«Se supone que todo debe ser diferente de como son las cosas».

— Simon en *Grand Canyon*

En la película *Grand Canyon* (El alma de la ciudad), un abogado en asuntos migratorios trata de escapar de un embotellamiento de tráfico saliéndose de la carretera. La ruta que toma lo lleva por calles —que se van volviendo cada vez más oscuras y solitarias. Entonces le ocurre la pesadilla que todos temen, al estilo de *La hoguera de las vanidades*: su lujoso automóvil se echa a perder en medio de una peligrosa calle cuyos vigilantes adolescentes gustan de las armas de fuego y de las zapatillas caras. El abogado consigue pedir por teléfono que le envíen un camión de remolque, pero antes de que llegue la ansiada ayuda, cinco jóvenes bravucones rodean el averiado automóvil y amenazan al abogado con hacerle daño. Pero en ese preciso momento aparece el camión de remolque, su conductor es un hombre diligente y resuelto que se apea y comienza a enganchar el averiado automóvil. Los camorreros empiezan a quejarse de que el mecánico está interrumpiendo su faena. Entonces el mecánico se lleva aparte al líder del grupo y trata de ofrecerle una breve introducción a la metafísica: «Muchacho», le dice, «se supone que el mundo no funciona así. Quizá no lo sepas, pero esto no se supone que funcione así. Se supone que yo debería poder hacer mi trabajo sin pedirte permiso. Y se supone que ese tipo debería poder esperar en su automóvil sin que ustedes se lo destrocen. Se supone que todo es diferente de como son las cosas aquí».

El conductor del remolque es heredero del pensamiento de San Agustín, y el resumen que da de la situación humana merece un lugar

en todos los libros de teología.¹ Porque el cristianismo clásico entiende el mundo de una forma que incluye como fundamental el concepto de cómo se supone que deberían ser las cosas. Deberían ser tal como Dios las diseñó y quiso que fueran, tanto en la creación como en la restauración gratuita de la creación. Se supone que incluyen la paz que adorna y completa la justicia, el respeto mutuo y la atención consciente y general al bien público.

Claro que de ninguna manera las cosas no son así. Las malas acciones humanas, o la amenaza de ellas, dañan el trabajo cotidiano de todo adulto, la vida escolar diaria de todo niño y los días de descanso del que toma vacaciones. Con sólo pensar un poco, cualquiera puede enumerar un catálogo completo de malas acciones, algunas de ellas tan comunes que nos cuesta verlas como malas: en una sombría película de los cuarenta, un criminal cuelga el receptor del teléfono público y luego, antes de salir de la cabina, arranca la hoja que había consultado en el directorio telefónico y se la guarda en el bolsillo. En la escuela, un estudiante de tercer grado distribuye sólo quince invitaciones a una fiesta en una clase de veinticinco alumnos. Al repartir las invitaciones el alumno se asegura de que los excluidos vean que se prescinde de ellos. Su maestra lo advierte pero nunca sopesa la dinámica social debajo de este plan de distribución. Dos antiguos enamorados se vuelven a encontrar por primera vez desde que se graduaron de la secundaria, y comienzan a imaginar con nostalgia y penosa autocompasión lo que podría haber sido y no fue. Aunque los dos creen que tienen un buen matrimonio con otra persona, de alguna forma la cita culmina en una habitación del Hotel Marriott.

Quizá pensamos en el pecado más como algo que daña la creación: la gente adultera un matrimonio, contamina un río o utiliza su preciosa inteligencia para encontrar una forma ingeniosa de defraudar al fisco. Pero el resistirse a ser redimido también cuenta como pecado, y con frecuencia contiene una perversión especial.

En el verano de 1973, el periodista británico Jonathan Diombleby hizo un consternador documental acerca de la hambruna que se vivía en Etiopía. Para mostrar parte del contexto de esta desolación, el periodista yuxtapuso tomas de los hambrientos etíopes con tomas de los festines que se daba el emperador de Etiopía, Haile Selassie. Periodistas de todo el mundo acudieron de inmediato a la ciudad de Addis Abeba, capital de Etiopía, para cubrir los relatos paralelos de hambruna popular y lujo oficial. La siguiente oleada de extranjeros trajo generosas donaciones de alimentos de parte de varios países.

1. Y Philip Yancey, quien me hizo recordar esta escena y su sabor, merece estar en la lista de amigos provechosos e imaginativos de todo escritor.

Pero el ministro de finanzas de Etiopía encontró que la llegada de estos donativos representaba una buena oportunidad. El ministro aplicó un desproporcionado impuesto aduanero a las grandes cantidades de alimentos de emergencia que personas compasivas de todo el mundo enviaban. Las naciones donantes quedaron estupefactas y así lo manifestaron, pero dicha protesta y asombro tomó por sorpresa a la corte imperial:

«¿Queréis ayudar?» preguntó el ministro. «Por favor, hacedlo, pero debéis pagar». Y [los benefactores] preguntaron: «¿Qué quiere decir usted con pagar? ¡Estamos ayudando! ¿y encima vamos a tener que pagar?» «Sí», dijo el ministro, «éstas son las normas. ¿Acaso queréis ayudar de una forma que no permita que nuestro Imperio gane nada por ello?»²

Shalom

Como lo sabían muy bien los grandes profetas de la Biblia, el pecado tiene mil caras. Los profetas sabían de cuántas maneras distintas la vida humana puede desviarse porque sabían de cuántas maneras la vida humana podía ser justa. Para saber cuando una pared está inclinada se necesita el concepto de una pared que está a plomo. Estos profetas soñaban con una época en que Dios restauraría todas las cosas.³

Soñaban con una nueva era en la que lo torcido se enderezará, lo desnivelado se allanará. El necio se convertirá en sabio, y el sabio será humilde. Soñaban con un tiempo en que los desiertos florecerán, las montañas destilarán vino, ya no habrá lágrimas y las personas podrán dormir sin tener que hacerlo con un arma junto a la almohada. Las personas trabajarán en paz y con resultados provechosos. Las ovejas se recostarán junto a leones. Toda la naturaleza será fecunda, benévola y estará llena de una maravilla tras otra;⁴ todos los seres humanos estarán estrechamente unidos entre sí en hermandad; y toda

2. Ryszard Kapuscinski, *The Emperor: Downfall of an Autocrat*, trad. William R. Brand y Katarzyna Mroczkowska-Brand (New York: Vintage Books, 1984), p. 118.

3. Véase, p. ej. Is. 2:2-4; 11:1-9; 32:14-20; 42:1-12; 60; 65:17-25; Joel 2:24-29; 3:17-18.

4. Cf. Ireneo, *Contra herejías*, 5.33.3: «Llegará el día en que las vides crecerán cada una con diez mil ramas, y cada rama con diez mil ramitas, y en cada ramita diez mil brotes, y en cada brote diez mil racimos, y en cada uno de los racimos diez mil uvas, y cada uva al prensarla dará veinticinco medidas de vino. y cuando algún santo tome en su mano un racimo, otro racimo exclamará, "Yo soy un racimo mejor, tómame; bendice al Señor por medio mío"» (en *The Ante-Nicene Fathers*, vol. 1, ed. Alexander Roberts and James Donaldson [Buffalo: Christian Literature, 1885], p. 563).

la naturaleza y todos los seres humanos acudirán a Dios, caminarán con Dios, se apoyarán en Dios, y se deleitarán en Dios. Clamores de gozo y reconocimiento brotarán de valles y mares, de mujeres en las calles y de hombres en embarcaciones.

El entretejido íntimo formado por Dios, los seres humanos y toda la creación en justicia, plenitud y deleite es lo que los profetas hebreos llamaron *shalom*. Nosotros lo llamamos paz, pero significa mucho más que la simple paz de espíritu o cese de fuego entre enemigos. En la Biblia, *shalom* significa *florecimiento, integridad y deleite universales*, una situación pletórica en la que se satisfacen las necesidades naturales y se utilizan con provecho los dones naturales; una situación que nos inspirará un asombro gozoso ante el Creador y Salvador que abre puertas y acoge a las criaturas en las que se deleita.⁵ *Shalom*, en otras palabras, es como deberían ser las cosas.

La forma en que el cristianismo entiende «cómo deberían ser las cosas» incluye que una gran cantidad de entidades entren en relaciones internas: la Santísima Trinidad, el mundo físico en toda su plenitud, la raza humana, comunidades particulares dentro de esta raza (como el antiguo pueblo de Israel, la iglesia del Nuevo Testamento, la Filarmónica del Teatro Municipal), familias, parejas casadas, grupos de amigos, seres humanos individuales. En un estado de *shalom* cada entidad tendrá su propia integridad o totalidad estructurada, y cada colectividad poseerá también muchas relaciones edificantes con otras entidades. Por ejemplo, a fin de preservar la salud ecológica de los arroyos de los bosques, «el centro deportivo de vehículos para todo terreno» se podría relacionar con dichos causes de agua declarándolos zona prohibida para sus miembros. El «cómo deberían ser las cosas» también colocaría en la mente de todos los individuos un abanico de respuestas inteligentes hacia otras criaturas. Colocaría en ellos toda una gama de pensamientos, emociones, palabras, acciones, disposiciones y deseos apropiados. Por ejemplo, la gratitud es una respuesta emocional tan adecuada ante un favor inmerecido como lo es el deleite ante las maravillas de la creación; maravillas como la piel aterciopelada de un cachorro, el graznido de los gansos en un revoloteo otoñal, el aroma de una rosa o la puesta de sol.

Hay que tener en cuenta, desde luego, que los sueños de *shalom* de los profetas hebreos son imágenes visionarias: el flujo literal de Chardonnay a través de cauces montañosos no es un rasgo esencial de lo que todos creen que debería ser un mundo ideal. Ni tampoco estarían todos de acuerdo con la descripción del Edén que hizo el

5. Véase Nicholas Wolterstorff, *Until Justice and Peace Embrace* (Grand Rapids: William B. Eerdmans, 1983), pp. 69-72.

gran poeta inglés John Milton (1608-1674), quien dice que el paraíso será «una morada rural y feliz de variados paisajes» o con la visión del humanista inglés Tomás Moro (1478-1535) quien concibió su utopía como una uniformidad comunista. Con todo, todos nosotros tenemos la idea de un mundo en el que las cosas serán como deben ser. Hay que reconocer que cada uno arreglaría este mundo y su funcionamiento de manera diferente, según la idea que cada uno tenga de lo que la Biblia llama «bueno». Por ejemplo, cabe preguntarse si la música heavy metal podría ser parte de un mundo perfecto o si quizá sería audible sólo para quienes gustan de ella. A pesar de todo, todos estaríamos de acuerdo con muchas de las líneas generales y de los ingredientes básicos de un mundo transformado.

Por ejemplo, esperaríamos que un mundo perfecto tenga matrimonios sólidos y un ambiente seguro para nuestros hijos. En este espléndido mundo nuevo las diferencias de unas naciones y razas serán atractivas, importantes y complementarias para otras naciones y razas. En el proceso de tomar decisiones, los hombres consultarán a las mujeres y las mujeres consultarán a los hombres hasta que se produzca una crisis. Entonces, con buen humor de parte de todos, la persona naturalmente más competente en el área de la crisis la resolverá a gusto y bienestar de ambos.

Los funcionarios gubernamentales seguirán ocupando puestos oficiales —alguien todavía tiene que decidir qué calles se limpian los martes o cuáles los miércoles—, pero nadie se sorprenderá de que siempre digan la verdad y de que alaben libremente las virtudes de otros funcionarios públicos. Los directorios telefónicos estarán siempre intactos. Los puentes de peatones sobre las autopistas no tendrán grafitti. Los conductores de camiones de remolque y los automovilistas extraviados se sentirán tranquilos en todas las calles.

Los empleados de las oficinas se alegrarán cuando un empleado sea ascendido de puesto. Ya no habrá rivalidad entre los estudiantes de las diferentes universidades, sino que todos tratarán de aprender unos de otros. Los silos de misiles balísticos intercontinentales se convertirán en cisternas para el entrenamiento de hombres rana.⁶ En todo el mundo, las personas estimularán y alentarán las virtudes de otros. Los periódicos estarán llenos de reportajes bien escritos acerca de acciones de gran belleza moral y, al final del día, la gente se sentará en el pórtico de sus casas para leerlos y saborearlos, y se invitarán unos a otros para comentar los reportajes.

6. Véase Richard J. Mouw, *When the Kings Come Marching In: Isaiah and the New Jerusalem* (Grand Rapids: William B. Eerdmans, 1983), pp. 19-20.

Por encima de todo, los cristianos y otros teístas tendrán una percepción de la realidad en la que Dios preside en la belleza inefable que los seres humanos anhelan y en el misterio de santidad que atrae la adoración humana como un imán. A su vez, cada ser humano reflejará y dará color a la luz de la presencia de Dios a partir de los inimitables recursos de su propio carácter y esencia. En nombre de Dios, las comunidades humanas ofrecerán sus especialidades étnicas y regionales a otras comunidades, en gozoso reconocimiento de que también Dios es una comunidad radiante y hospitalaria de tres personas. Con sus propios acentos, las comunidades expresarán alabanza, cortesías y deferencias que, al ir acumulándose, seguirán formando oleadas de una pasión que nunca se agota.

Pecado: una definición

Según el pensamiento bíblico, es imposible entender el shalom ni el pecado sin referencia a Dios. El concepto de pecado es religioso, no sólo moral. Por ejemplo, razonar en forma religiosa significa que estimamos el embuste que un comerciante hace de un cliente no sólo como un delito sino también como una infidelidad, y pensamos que dicho fraude no es sólo una infidelidad para con el cliente sino también para con Dios. Los desastres criminales y morales son pecado porque ofenden y traicionan a Dios. El pecado no es sólo conculcar la ley sino también quebrantar el pacto con el salvador de uno. El pecado es quebrantar una relación, es afligir al padre y benefactor divino de uno, es traicionar al colega con quien uno está unido con un vínculo santo.⁷

Por esto, en el más famoso de los salmos penitenciales —que se suele atribuir a David después de su adulterio con Betsabé— el autor considera su pecado, primordial o quizá exclusivamente, como un pecado contra Dios.

Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado.

7. Por ejemplo, la idolatría del becerro de oro de Éxodo 32 se considera una traición porque viola los compromisos adquiridos en el pacto de Éxodo 24:1-8.

Yo reconozco mis transgresiones; siempre tengo presente mi pecado. Contra ti he pecado, sólo contra ti, y he hecho lo que es malo ante tus ojos. (51:1-4, NVI)⁸

Todo pecado tiene primero y en última instancia una fuerza que se dirige hacia Dios. En primer lugar, hay que decir, que un pecado es cualquier acto —pensamiento, deseo, emoción, palabra u obra— o ausencia de acto, que desagrada a Dios y merece reproche.⁹ Agreguemos que la disposición de cometer pecados también desagrada a Dios y merece reproche. Por tanto, utilicemos la palabra pecado para referirnos tanto a actos como a disposiciones.¹⁰ El pecado es una afrenta culpable y personal a un Dios personal.

Pero una vez que hemos acogido el concepto de shalom, estamos en condiciones de ampliar y especificar esta comprensión del pecado. A Dios no se lo ofende de manera arbitraria. Dios odia el pecado no sólo porque viola su ley sino —lo cual es más fundamental— porque viola el shalom, porque quebranta la paz, porque interfiere con la forma en que se supone que son las cosas. En realidad, la razón por la que Dios establece leyes en contra de toda una serie de pecados es para proteger el shalom. Dios está en favor del shalom y, por tanto, en contra del pecado.¹¹ De hecho, podemos muy bien describir el mal como todo aquello que daña el shalom, ya sea física (p. ej. con enfermedad), moral, espiritualmente, o de cualquier otra forma.¹² El mal moral y espiritual es un mal operativo, es decir, es un mal que sólo las

8. La Biblia de Jerusalén traduce los vv. 3 y 4 de un modo que, quizá a propósito, deja ambiguo el objeto de la ofensa que se confiesa: «Pues mi delito yo lo reconozco, mi pecado sin cesar está ante mí; contra ti, contra ti, solo he pecado». ¿Piensa el salmista que ha pecado exclusiva o preeminentemente contra Dios?

9. En mi manera de expresarme, los actos incluyen pensamientos, palabras, deseos, etc., pero también quiere decir «obras» cuanto estas se distinguen de los pensamientos y las palabras. Así se ocurre en la *Confesión general del libro de oración común*: «He pecado en mis pensamientos, mis palabras y en mis obras».

10. La definición que hemos ofrecido es criteriológica y no ontológica. En otras palabras, la definición nos dice lo que es pecaminoso pero no lo que es el pecado en sí. En otras palabras, la definición nos dice qué es pecaminoso pero no qué es pecado. Se afirma lo mismo si describiéramos el pecado como violación de la ley de Dios —prueba más típica e inmediata de la presencia del pecado— o si lo describiésemos como una ruptura culpable del shalom. En caso que esto sea un problema, se podría resolver describiendo el pecado como, digamos, el poder en los seres humanos que tiene el efecto —incluyendo el efecto criteriológicamente revelador— de corromper el pensamiento, las palabras y las obras humanas de forma que desagraden a Dios y hagan culpables a sus autores. Entonces afirmaríamos que este poder está paradójicamente detrás de nuestras negligencias y descortesías así como de nuestras agresiones y violaciones.

11. No niego que pueda haber otras razones por las que Dios odia y repudia el pecado.

12. Presumo, desde luego, que las clases de limitaciones intelectuales y físicas que caen dentro de ámbitos normales para distintas clases y edades de personas (ningún ser

personas pueden realizar o tener. El mal operativo abarca actos y disposiciones malas. El pecado es, entonces, todo mal operativo del cual es responsable alguna persona (o grupo de personas). En síntesis, el pecado es una ruptura culpable del shalom.

Quizá algunos queden decepcionados de esta definición y la encuentren demasiado formal. La definición nos dice cómo es que un acto califica como pecado, pero no nos dice qué actos son los que califican como tales. Desde luego que hace mucho tiempo que se viene preguntando qué actos concretos se consideran pecado. Tomemos una situación familiar. Supongamos que usted ha sido invitado a cenar en casa de una sonriente pero inestable anfitriona. A medida que avanza la velada, usted descubre que los gustos y logros culinarios de la señora alcanzan un nivel lamentablemente bajo. En cierto momento ella le pregunta delante de seis invitados más si a usted le gusta su cazuela de queso, jamón y habas.¹³ Todos quedan en silencio, y todas las caras se vuelven hacia usted, y la anfitriona espera ansiosa. ¿Ahora qué? Usted tiene que tomar una decisión de inmediato, y lo hace. No dice la verdad descarnada. Tampoco evade la respuesta diciendo algo como: «¡Nunca creí que se pudiera preparar una cazuela como ésta!». Usted miente y, en realidad, miente de manera encantadora.

Surge la pregunta: ¿Ha perturbado usted el shalom o lo ha preservado?

Preguntas como éstas surgen a menudo cuando a un acto concreto se le puede aplicar más de una norma moral y cuando obedecer una norma resulta en la desobediencia de otra. En el caso de la anfitriona, «Decir la verdad» parece ir en una dirección y «Ser amable» en otra.

Pero quizá estamos exagerando la situación. Quizá estamos frente a un caso en que el shalom se protege mejor siguiendo una costumbre de cortesía, y no tanto angustiándonos en cuanto a la aplicabilidad de las normas morales. Quizá en algunos ambientes sociales un simple gesto de aprobación ante una cazuela cuestionable es sólo un formalismo, sólo una costumbre de cortesía. Quizá este gesto no tiene más fuerza moral o declarativa que la frase «estimados amigos» al comienzo de una carta dirigida a la oficina de impuestos del gobierno.

Resulta obvio que muchos dilemas morales se sitúan a un nivel mucho más grave y angustiioso. Ya es bastante malo conocer la volun-

humano, por ejemplo, es tan rápido como una computadora o un pura sangre) no dañan el shalom y no se consideran pecado.

13. Durante décadas, el prof. Henry Stob puso a prueba la inventiva ética de los estudiantes del Calvin College y del Calvin Seminary (Grand Rapids, Michigan) con, entre otras pruebas, situaciones de cenas como esta. En el curso de los años, sólo las cazuelas fueron cambiando, pero no para mejor.

tad de Dios y burlarse de ella. Pero ¿qué se puede decir si una persona no sabe cómo agradar a Dios y construir shalom? Los cristianos tomamos nuestra visión del shalom de la Escritura, de la revelación general, de siglos de reflexión y de la sabiduría que Dios quiera darnos. Con frecuencia el fruto de estas fuentes es bastante claro: hablando en general, los robos, los asaltos, los chismes maliciosos, los fraudes, las blasfemias, las envidias, las idolatrías y los perjurios quebrantan la paz, en tanto que las limosnas, los abrazos, los elogios, la cosecha, la gratitud, las felicitaciones, la verdad y la adoración a Dios, edifican.

Pero ¿qué se puede decir de matar a otro ser humano? Todo el mundo está de acuerdo que matar injustamente es malo y trastorna el shalom; pero ¿qué homicidios se deben considerar injustos? Asesinar a los padres para tomar posesión de la herencia es, sin duda, una acción impía, pero ¿qué se puede decir de dar muerte al merodeador que, a las tres de la madrugada, primero corta la línea telefónica, violenta la puerta lateral de la casa, entra en ella y amenaza con violar a una hija de nueve años? ¿Considerará Dios correcto que un padre utilice la fuerza para defender su hogar y repeler al intruso? ¿Cuánta fuerza se puede usar? Por ejemplo, ¿Se le puede disparar al criminal con un arma de fuego? ¿Se le debe dar primero una advertencia antes de disparar? ¿Y qué si no hay tiempo para advertencias? Y si se dispara, ¿se debe apuntar al pecho, la cabeza o algún otro lugar? ¿Tiene importancia que el intruso esté borracho o loco? Suponga que son tres los intrusos y que usted se siente aterrorizado: ¿afectan estos hechos que merezca o no reproche a los ojos de Dios si dispara? Como dueño de casa, ¿tiene usted la obligación moral de preparar de antemano defensas no letales y practicarlas?

Aparte de la defensa del hogar, ¿qué se puede decir de los conocidos y difíciles casos que se presentan en los debates sobre el aborto, la eutanasia y la guerra justa, sea cual sea la posición que usted adopte en estos debates?

Preguntas de esta clase y los intentos por responderlas, se pueden encontrar en libros de ética y derecho, y los lectores que quisieran seguir analizando estas preguntas deberían acudir a ellos. Pero pensar de manera teológica acerca del pecado es un proyecto algo diferente. Aunque en los capítulos siguientes volveremos a analizar algunos pecados concretos, la tarea principal de la teología es ubicar e indagar el fenómeno general, situar al pecado y describirlo.

Ahí es donde entra la definición que dimos: El pecado es la «alteración culpable del shalom». Esta definición sugiere que el pecado no es original, que perturba algo que era bueno y armonioso. Como el criminal que se introduce en una casa, el pecado es un intruso, y

quienes pecan merecen censura. Para orientarnos, primero tenemos que entender que el pecado es una forma de mal, es una forma operativa y culpable del mal, y que a su vez ese mal rompe y perturba lo que Dios ha diseñado.

Este diseño naturalmente incluye no sólo la relación adecuada de personas con personas, de personas con la naturaleza, y de la naturaleza con Dios, sino que también abarca la relación adecuada de las personas con Dios. Los seres humanos deberían amar y obedecer a Dios como los hijos aman y obedecen a sus padres. Los seres humanos deberían admirar a Dios, por lo menos tanto como un estudiante de violín de primer año admira a Itzhak Perlman, el famoso violinista israelí. Deberían maravillarse de la grandeza de Dios y alabar la bondad de Dios. No hacer todo esto es pecado porque va en contra de como se supone que deben ser las cosas. El ateísmo está en contra del shalom. La impiedad echa a perder la relación adecuada entre los seres humanos y su hacedor y salvador.

El pecado ofende a Dios no sólo porque lo apena o ataca en forma directa —como lo es en el caso de la impiedad o la blasfemia—, sino porque despoja y ataca lo que Dios ha hecho. Por ejemplo, el sexismo y el racismo desprecia a otros seres humanos y la mente de Dios. Dios disfruta y quiere no sólo al género humano sino a los diferentes géneros de humanos. En los angostos recintos de sus pequeños mundos, los sexistas y los racistas desprecian esas diferencias.

En resumen, el shalom es el diseño de Dios para la creación y la redención; y el pecado es el vandalismo humano culpable contra estas grandes realidades y, por tanto, una afrenta a su arquitecto y constructor.

Claro que estas ideas molestan a algunas personas. A muchos les parece absurdo o incluso ofensivo el concepto de un diseño al que todos debemos conformarnos, nos guste o no. Por ejemplo, quienes creen en una evolución naturalista piensan que los conceptos, valores, deseos y creencias religiosas de los seres humanos están —lo mismo que la vida humana— metafísicamente desvinculados de cualquier propósito trascendente. Nuestras vidas y valores son más bien el producto de mecanismos ciegos, como la mutación genética y la selección natural, ambas al azar.¹⁴ A los ojos de estos creyentes naturalistas, no existe eso de «se supone que así deben ser las cosas», ni tampoco hay un Dios que promueva o afirme esta situación. De

14. En su libro *Warrant and Proper Function* (New York: Oxford University Press, 1993, pp. 216-37), Alvin Plantinga sugiere que algunos autores (como C. S. Lewis) han planteado que el naturalismo y la teoría de la evolución son incompatibles. Plantinga plantea que, de hecho, la misma teoría evolucionista le brinda al naturalista una razón sólida para rechazar el naturalismo.

modo que, no hay tal cosa que pueda tenerse como una violación de como se supone que deben ser las cosas ni nada que sea una ofensa a Dios. Por tanto, no hay nada que encaje en la definición de pecado. Los cristianos creemos que, en esencia, el pecado es una violación de nuestro fin o propósito como seres humanos, el cual es construir el shalom y, de este modo, glorificar y gozar de Dios para siempre. Pero en el concepto naturalista, el concepto de pecado no tiene sentido porque se cree que la totalidad de vida humana no tiene propósito alguno, y es sólo «el resultado de las ubicaciones accidentales de los átomos», como dijo en cierta ocasión el filósofo y matemático inglés Bertrand Russell.¹⁵

Además, crean o no en el naturalismo evolucionista, quienes piensan que los seres humanos son sus propios centros y legisladores rechazan toda la idea que afirme que los seres humanos dependemos de un ser supremo. En realidad, encuentran que esta idea es totalmente repugnante. Para ellos es inaceptable que se les pida adorar a alguien que es mejor que nosotros, que se les exija estudiar la voluntad de esta persona para luego conformar su vida a la misma. Para ellos es insostenible la idea de que debemos confesar nuestros pecados y agradecer las bendiciones de la vida a un ser superior. La sola idea de que debemos asumir esta posición hacia cualquier persona es algo totalmente humillante y antidemocrático, una ofensa a la dignidad y orgullo humanos.

No es accidental que el orgullo que resiste a Dios y a la superioridad de Dios también resiste la idea de una verdad moral objetiva. Porque tal verdad —la afirmación de que algunos actos son buenos y otros malos independientemente de lo que pensemos al respecto— va en contra de la libertad que tiene el ser humano de crear sus propios valores, de ir dando forma a la verdad moral a lo largo del camino de la vida.

Los cristianos serios ven en esta clase de actitudes simplemente ejemplos modernos del antiguo poder que el pecado tiene para engañar. San Pablo afirma que es proverbial la tendencia humana de descartar la verdad cuando a uno no le gusta.¹⁶

15. B. Russell, «A Free Man's Worship», en *Why I Am Not a Christian* (New York: Simon & Schuster, 1957), p. 107. El pasaje más amplio que incluye la cita que hemos hecho es una de las declaraciones más elocuentes del ateísmo naturalista que el siglo veinte haya producido.

16. «Ciertamente, la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad. Me explico: lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado» (Romanos 1:18, 19).

Según la posición bíblica, pecamos no sólo porque somos ignorantes sino que también somos ignorantes porque pecamos. En otras palabras, nos resulta conveniente interpretar mal nuestro lugar en el universo y atribuirle divinidad. (Desde luego que también los cristianos caen en esas malas interpretaciones y atribuciones; sólo que lo hacen menos uniformemente que los humanistas seculares permanentes).

Diferencias entre el pecado y otros términos similares

El pecado no sólo es la perturbación culpable del shalom, sino culpable a los ojos de Dios. De esta manera el pecado se distingue de muchos de sus parientes conceptuales. Por ejemplo, aunque el pecado coincide en ciertas áreas con el crimen, el pecado es distinto al crimen. La razón principal de la distinción es obvia: el crimen tiene que ver con estatutos de una forma que no se da en el pecado. Por ejemplo, el escribir un cheque sin fondos para comprar billetes de la lotería sería probablemente un crimen que viola un estatuto criminal en todas las jurisdicciones donde haya bancos y loterías. Pero muchos pecados (p. ej., malgastar la vida en cosas triviales) son perfectamente legales, y algunos pecados (p. ej., el ateísmo) son incluso obligatorios en ciertas jurisdicciones.

Por otro lado, aunque la mayoría de los crímenes ofenden a Dios y, por tanto, son pecado, ciertas formas de desobediencia civil motivadas por una causa justa (p. ej., el tomarse un edificio en protesta contra la segregación) pueden ofender a César pero no a Dios.

Preguntemos ahora qué relación tiene el pecado con la inmoralidad. Si adoptamos un arreglo popular y arraigado que restringe el ámbito de la moralidad a comportamientos, actitudes, derechos y obligaciones entre seres humanos, entonces el bien y el mal morales son entendidos y juzgados en un plano horizontal, por así decirlo. (Según este arreglo, la espiritualidad y el mal espiritual son los complementos verticales de la moralidad y la inmoralidad). Desde esta perspectiva, todos los actos inmorales culpables son pecado. Por ejemplo, el robo es inmoral y pecaminoso. Pero no todo pecado es inmoral: según este arreglo, una persona que quebranta el sábado o que —a pesar de los años pasados en los mejores seminarios— ofrece a Jesucristo sólo respeto cortés (e incluso sólo por su valentía política) habría cometido un mal espiritual y —de ser culpable— sería culpable de pecado pero no de inmoralidad.

Pero quizá ésta sea la forma equivocada de abordar el asunto. Quizá sería mejor que pensemos en la moralidad como algo que se aplica a obligaciones universales a las que todos tienen acceso,¹⁷ mientras reservamos los conceptos de pecado y justicia para las obligaciones especiales que recaen sobre personas o comunidades particulares. Según esto, toda idolatría es inmoral, y no sólo pecaminosa, dado que todos los seres humanos tienen un sentido innato de Dios que los obliga a respetarlo y a traducir dicho sentido en adoración. Por otra parte, la desobediencia de Jonás y de Israel respecto a mandatos específicos de parte de Dios se considerarían como pecados pero no como inmoralidad.

La distinción entre pecado e inmoralidad es intrincada de muchas formas y no deberíamos gastar tiempo en ello. En las páginas que siguen no me ocuparé del asunto.¹⁸

Además de distinguir el pecado del crimen y la inmoralidad, también debemos distinguirlo de la enfermedad. Es verdad que algunos actos pecaminosos transmiten enfermedades o incluso las causan, como cuando una relación sexual ilícita transmite sífilis o una agresión produce daño cerebral. Al contrario, una enfermedad podría brindar la ocasión para pecar o incluso empujar a una persona hacia el pecado, como en el caso del odio que un inválido podría tener en contra de quienes gozan de salud. Además, la enfermedad es una metáfora tradicional y preferida para hablar del pecado. Sin embargo, los dos males siguen siendo distintos porque el pecado es un mal espiritual y moral, mientras que la enfermedad es un mal físico. El pecado nos hace culpables en tanto que la enfermedad nos hace infelices. Necesitamos, pues, gracia para el pecado y misericordia y sanidad para nuestras enfermedades.¹⁹

17. Para una teoría contemporánea que desarrolla con fuerza e inteligencia esta línea de pensamiento, véase Alan Donagan, *The Theory of Morality* (Chicago: University of Chicago, 1977), en especial los caps. 1, 2 y 7.

18. La relación del pecado con la conducta moral mala ha sido tema de muchas publicaciones bien elaboradas. Véase, p. ej. el debate en *Religious Studies* 20 (1984) en el que participaron Basil Mitchell, «How is the Concept of Sin Related to the Concept of Moral Wrongdoing?» (pp. 165-73); Ingolf Dalferth, el mismo título (pp. 175-89); Y David Artfield, «The Morality of Sins» (pp. 227-37). Véase también Marilyn McCord Adams, «Problems of Evil: More Advice to Christian Philosophers», *Faith and Philosophy* 5 (1988): 121-43; y «Theodicy without Blame», *Philosophical Topics* 16 (1988): 215-45. Lo que parece claro es que toda acción moral mala culpable es pecado pero que no toda acción mala es culpable (como en los casos de acciones malas de niños, de deficientes mentales o de personas perturbadas, o de personas cuyos actos moralmente malos han sido determinados por influencias externas). Lo que no queda muy claro es cuántos pecados son moralmente malos y, en especial, qué norma tenemos para formular este juicio.

19. En esta época de SIDA, resulta difícil pensar en una distinción teológica que sea más pastoral, emocional y espiritualmente apremiante.

Más aún, no deberíamos confundir el pecado con un simple error, como cuando un diario publica un encabezado que inadvertidamente se da para malos entendidos: «Un benefactor pone su corazón para alimentar a los pobres». Otros errores son tonterías inocentes, como un cartel de la carretera que decía: «cuidado, si este cartel esta bajo agua la carretera es intransitable».²⁰ Tampoco deberíamos confundir el pecado con la finitud, y mucho menos con la simple conciencia de que somos seres finitos. No se nos puede recriminar por ser humanos y no divinos, y se nos debe felicitar por conocer la diferencia.

Distinciones internas o de intramuros

Además de distinguir el pecado de otros conceptos que forman parte, por así decirlo, de la misma orden y, por tanto, se constituyen en rivales conceptuales, también necesitamos tener en cuenta unas cuantas distinciones internas o de intramuros. Me refiero a distinciones que aclaran ciertos aspectos dentro del concepto mismo de pecado.

Algunos pecados son objetivos, otros son subjetivos. Por un lado, un acto es objetivamente pecaminoso si altera el shalom y hace culpable a su agente. Por otro, un acto es subjetivamente pecaminoso si su agente piensa que es objetivamente pecaminoso (lo sea o no) y, sin embargo, lo comete a propósito (o de alguna otra forma responsable). De modo que, aun cuando el beber licor no es objetivamente pecaminoso, sería malo que un abstemio lo bebiera. Aun cuando presentarse como voluntario al ejército en tiempo de guerra no es objetivamente pecaminoso, sería malo que un pacifista objetor de conciencia lo hiciera. En ambos el pecado radica en que la persona ha sido infiel a Dios por haberse burlado de lo que dicta su propia conciencia. Al hacer lo que piensa que está mal, la persona hace lo que considera que ofenderá a Dios, y la disposición de ofender a Dios con la conducta propia es en sí ya una ofensa.²¹ Además, cuando alguien actúa en contra de su propia conciencia, la embota e insensibiliza; de hecho, contrariar repetidas veces la conciencia de uno podría llegar a matarla. Por tanto, el pecador que peca en forma subjetiva, corre el riesgo de suicidarse moralmente.

Pero arriesgar o de hecho cometer suicidio moral es objetivamente pecaminoso. Por esta razón, todos los pecadores subjetivos

20. Los ejemplos han sido tomados de Richard Lederer, *Anguished English* (New York: Laurel, 1989), pp. 66, 88. En el cap. 7 se encontrará una exposición detallada de la relación entre pecado e insensatez.

21. Debo este punto al prof. de historia Robert C. Roberts (Calvin College, Michigan).

son también pecadores objetivos. Son personas que, por así decirlo, se disparan una y otra vez en la conciencia. El hacer esta distinción requiere que admitamos que hay cierta clase limitada de subjetivismo moral: algunos actos son genuinamente (aunque no objetivamente) malos para una persona pero no para otra, y son malos debido a lo que la persona piensa acerca de ellos. También requiere que aceptemos con una clase limitada de absolutismo moral: siempre es malo actuar en contra de la propia conciencia.

Todo pecado es igualmente incorrecto, pero no todo pecado es igualmente malo. Nuestras acciones son correctas o incorrectas, conformes o no con la voluntad de Dios. Pero entre los actos buenos hay unos mejores que otros, y entre los actos malos hay unos peores que otros.²² Los cristianos creen que pensar con deleite en el adulterio es tan malo como cometerlo, y no creen que se trate de una clase diferente de ofensa.²³ Pero los cristianos también saben que el adulterio en el corazón hace menos daño a otros —por lo menos a corto plazo— que el adulterio en una habitación de motel y, por tanto, puede considerarse como menos grave en la escala de maldad.²⁴

Lo mismo ocurre con otras ofensas: si pudiera elegir, nuestro prójimo preferiría que codiciemos su casa a que se la robemos. Descuidar la alimentación de nuestros hijos es claramente más grave que no ponerlos en contacto con las bellas artes (aunque esto sea malo también). La maldad o gravedad del pecado depende hasta cierto punto de la cantidad de daño que inflige, incluyendo daño al pecador, y hasta cierto punto depende de la inversión y motivos personales del pecador. Esto constituye la médula de la distinción entre pecado mortal y venial en la tradición católica y un punto en el que el pensamiento judicial y el teológico se entrecruzan. La mayor parte de los códigos penales reconocen la importancia del motivo para medir la gravedad de una ofensa: los códigos establecen castigos mayores para el homicidio con premeditación que para el involuntario. Y reconocen la

22. Esta distinción es común en gran parte de la tradición cristiana, tanto protestante como católica. Pensemos en el documento protestante conocido como la *Segunda confesión helvética*, cap. 8: «Nosotros... confesamos que los pecados no son iguales; aunque proceden de la misma fuente de corrupción e incredulidad, algunos son más graves que otros. Como dijo el Señor, el castigo será más tolerable para Sodoma que para con la ciudad que rechaza la palabra del Evangelio (Mateo 10:15; 11:20-24)».

23. El origen de este convencimiento se encuentra en el Sermón del Monte de Jesús: «Ustedes han oído que se dijo: “No cometas adulterio”. Pero yo les digo que cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en el corazón» (Mateo 5:27-28).

24. Con todo, el adulterio en el corazón causa daño a quien lo comete de manera sutil, progresiva e impredecible, y este daño puede llegar a afectar a otros, de modo que el cálculo final en cuanto a gravedad entre el adulterio de corazón y el adulterio en una habitación de motel puede ser más parecida que lo que pensamos.

importancia de la cantidad y clase de daño que se causa con la ofensa: los códigos establecen castigos mayores para el homicidio que para el intento de homicidio. Pero, desde luego, ambas medidas cuentan: el robo premeditado de todo el papel higiénico del baño de un restaurante es una ofensa menos grave que matar involuntariamente a una persona en una carretera.

La gravedad de un crimen o pecado puede mitigarse si ha sido cometido en forma involuntaria, pero no necesariamente lo justifica. Una persona totalmente desagradecida, por ejemplo, puede ser desagradecida sin haber escogido serlo. De hecho, quizá ni siquiera sepa que lo es. Quizá nunca se le ocurra que, respecto a Dios, a los miembros de la familia y amigos, debería experimentar un cierto sentimiento de bendición y de estar en deuda, como lo experimentan las personas espiritualmente sanas. Su ingratitud está casi fuera de su control —por lo menos en estos aspectos— y, por esto, se puede decir que es involuntaria. Pero también es claramente pecaminosa. Si la persona ingrata llegara a descubrir su falta y ver lo desagradable que es, se sentiría con razón obligada a confesarlo y a arrepentirse de ello.²⁵

Los pecados involuntarios son sumamente comunes. Por ejemplo, los tradicionales siete pecados capitales (orgullo, envidia, ira, pereza, avaricia, gula y lujuria) suelen ser involuntarios. Son deseos, creencias y actitudes sobre los que la persona puede tener muy poco control, o, en el mejor de los casos, un control inestable. Los que luchan con ahínco contra estos pecados experimentan fracasos, pequeñas mejoras, retrocesos, triunfos dolorosos, victorias pírricas, resoluciones transgredidas y compromisos humillantes. Las Escrituras afirman que los seres humanos necesitan una intervención externa poderosa para controlar y con el tiempo dominar por completo estas faltas, pero todos los veteranos de las guerras contra el pecado también lo saben muy bien por propia experiencia. En lo referente a los pecados capitales, una persona podría no querer estos estados mentales (nadie desea ser envidioso), podría no escogerlos, podría no querer ser así.²⁶ De hecho, es precisamente lo contrario. Sin embargo, ahí están y con razón los llamamos pecados, incluso cuando son involuntarios.

Claro que algunas personas sí quieren cometer algunos de estos pecados. Algunas personas desean la lujuria, por ejemplo, y hacen lo

25. Véase Robert Merrihew Adams, «Involuntary Sins», *Philosophical Review* 94 (1985): 3-31.

26. Según Adams, el control voluntario incluye por lo menos una de las cosas siguientes cosas: tratar de hacer (o tener) algo, querer hacerlo o escoger hacerlo («Involuntary Sins», pp. 8-9).

que pueden para estimularla. No sólo quieren sexo sino el apetito por el sexo. Pero también en esto pueden frustrarse. Como lo supo muy bien San Agustín, resulta difícil reanimar los apetitos atiborrados de saciedad. La lujuria se escapa de nuestro control, e incluso personas que desean el placer lujurioso no lo consiguen o, por lo menos, no puede expresarlo.²⁷ Se podría decir casi lo mismo acerca de la ira, la pereza y otros pecados capitales: no aparecen y desaparecen a voluntad.

El pecado involuntario no está bajo el control de la persona en las formas ya descritas. Pero para poder llamarlo pecado, tenemos que establecer que su dueño lo adquirió debido a alguna falta propia, que es responsable de tenerlo. En resumen, que es culpable. Y en esto las aguas se vuelven turbias.

Tomemos el caso de un joven blanco del sur de los Estados Unidos de América, educado en una familia racista en el estado de Mississippi a mediados del siglo diecinueve. Pongámosle el nombre de Jim Bob. La cultura del lugar en que Jim vive da por sentada la teoría de la «supremacía blanca», y esta premisa forma parte integral de la educación de Jim y de los adultos que le sirven de modelo y de su formación en buenas costumbres. Jim Bob nunca encuentra alternativas convincentes que reemplacen esta premisa. Jim estaba vagamente consciente de que algunos yanquis (gente del norte de los EE.UU.) y algunos sureños excéntricos son «ama negros», pero cuando preguntó acerca de esta gente extraña, personas de autoridad y respeto le aseguraron que todos ellos están locos o que son unos farsantes. A menos que le pase lo que le ocurrió a Huck Finn —quien atravesó por circunstancias extraordinarias que lo condujeron a gozar de la mentalidad independiente de un fugitivo²⁸— Jim Bob simplemente

27. En *La Ciudad de Dios* (14.15-16), Agustín reflexiona que el debilitamiento de nuestra voluntad —manifestado en particular en la incapacidad de poder gobernar las diversas formas de la libido— es justicia poética: la insubordinación que está en el centro de nuestra vida refleja nuestra insubordinación a Dios. Agustín sugiere con delicadeza que un caso elocuente de esto es que las erecciones masculinas ya no son voluntarias. Tanto la tumescencia como la flacidez se han vuelto (con frecuencia sin querer) en acaecimientos y no en actos. El alma está tan dividida que la impotencia constituye una dificultad no sólo en el caso del piadoso que está tratando de verdad concebir hijos, sino también del juerguista lascivo que se vuelve impotente para hacer el mal. Véase también Garry F. Wills, *Under God: Religion and American Politics* (New York: Simon & Schuster, 1990), pp. 282-83.

28. N. del E.: Mark Twain (1835-1910) fue un famoso escritor, periodista y conferencista estadounidense. En 1884 escribió un cuento que ha llegado a ser un clásico de la literatura universal, *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Se trata de la historia de un jovencito huérfano que se escapa para viajar en compañía de un amigo negro. A causa de todas la peripecias que pasó junto a su amigo, Huck llega a entender lo que es el racismo.

absorberá el racismo de su entorno. Lo que ve y aprende se combinará para corromper su conciencia, de manera que acoja la premisa de que los blancos deben adoptar hacia el negro una postura paternalista de superioridad, cautela, control y apartheid.²⁹

Los cristianos con formación bíblica ahora saben que una mentalidad racista es totalmente mala, es una ofensa a la raza agraviada y una ofensa a Dios. El racismo es una ruptura del shalom y, a todas luces, un ejemplo sobresaliente de pecado. Pero si una persona concreta experimenta esa mentalidad de manera inconsciente, de modo que sería cierto afirmar que esa persona no pudo evitar adquirirla, que no hubo ninguna forma posible de evitar adquirirla, ¿podemos todavía considerar a dicha persona culpable por ello? y si no, ¿llamaremos pecado a esta mentalidad?³⁰ ¿Es pecado el racismo de Jim Bob? ¿Y es Jim Bob pecador sólo porque tiene esa mentalidad?

Preguntas como estas nos conducen, desde luego, a grandes pantanos filosóficos y teológicos. Por fortuna, no tenemos que entrar en ellos hasta tener el agua al cuello para poder seguir la ruta que hemos iniciado. Sin embargo, quiero al menos decir algunas cosas acerca de las preguntas que acabamos de formular, tanto para asegurarnos de que tenemos una definición operativa de la palabra pecado y también para preparar el camino para los capítulos que siguen. Hago, pues, tres observaciones.

1. La sugerencia de que Jim Bob no pudo haber evitado absorber su racismo es especulativa. Las influencias culturales, las fortalezas e ideas personales, la capacidad humana de engañarse a sí misma, la conciencia moldeada por «la ley de Dios escrita en el corazón humano» y otros muchos factores se mezclan en una forma tan compleja que rara vez estamos en condiciones de formular juicios exactos acerca de incluso nuestra condición de culpabilidad, y mucho menos de la de otras personas. A menos que se trate de

29. En su libro *Separate Pasts: Growing Up White in the Segregated South* (Athens: University of Georgia Press, 1987), Melton A. McLaurin relata una experiencia similar ocurrida en la década del cincuenta en el siglo XX. McLaurin logró sobreponerse al arraigado racismo de su formación gracias a los ejemplos de amigos negros cuyas vidas pusieron al descubierto las mentiras racistas que le habían enseñado a McLaurin.

30. Estoy aceptando que el concepto de incompatibilidad es correcto. En otras palabras, acepto que la libertad de un agente —y por ello su responsabilidad moral— con respecto a un acto dado (o, en este caso, a la adquisición de una mentalidad maligna) es incompatible con que dicho acto sea determinado por causas ajenas al agente mismo. Si el lector busca más información en cuanto a la relación que existe entre el pecado involuntario y el hecho de merecer censura y en cuanto a la influencia de las teorías de la compatibilidad e incompatibilidad en la tesis del pecado involuntario, véase Adams, «Involuntary Sins», pp. 28-31.

personas llamadas a emitir juicios —como los padres, jueces o jurado—, es mejor dejarle a Dios la labor de emitir juicios acerca de los grados de culpabilidad de una persona.

2. Los cristianos por tradición y de manera plausible han reservado la palabra pecado para el mal culpable. El criterio de culpabilidad distingue al pecado de ciertos males naturales, lo diferencia de los simples errores e insensateces, y en especial de males morales (cleptomanía, por ejemplo, o necrofilia) que podrían haberse adquirido sin culpa. Por consiguiente, si Jim Bob no merece ser culpado por adquirir su racismo, podemos particularizar su mentalidad equivocada como un mal moral, pero no —hablando en rigor— como pecado. Sin embargo, tenderemos a llamar al racismo de Jim Bob pecado (a) porque el mal moral en una persona es a menudo pecado, y no sabemos que el de Jim Bob no lo sea, y (b) porque al vivir en una cultura de no culpables, tememos más a la suavidad del engaño propio que a la dureza de la acusación.
3. Incluso si Jim Bob no merece ser culpado por su racismo, alguien debe serlo. En la cadena de influencias que condujo a Jim Bob al racismo alguien tuvo que estar consciente de lo que ocurría, y esto es verdad incluso si tenemos que rastrear dicha cadena hasta nuestros primeros padres, quienes salieron de las manos de Dios buenos e inocentes.³¹

Lo que el racismo de Jim Bob nos muestra es que el mal moral no es sólo personal, sino social y estructural. El mal moral abarca una matriz histórica y cultural muy amplia que incluye tradiciones, viejos patrones de relación y comportamiento, atmósferas de expectativa, hábitos sociales. Desde luego que la culpabilidad en el mal social y estructural es sumamente difícil de sopesar. Sin embargo, sabemos muy bien que el orgullo, la injusticia y la tremenda dureza del corazón humano traman la red de mal social en la que personas como Jim Bob quedan atrapados. Sabemos que es así incluso cuando no podamos afirmar con certeza de quién son el orgullo, la injusticia y la dureza de corazón que han producido las hebras de la red. Lo que podemos afirmar es que toda vez que haya gente culpable por las faltas que generan el racismo, su mismo racismo los hace reprochables y, por tanto, más pecaminosos. En el caso que infecten a otros con racismo (hijos, alumnos, etc.), este racismo nuevo y derivado a menudo recibe el nombre de pecado porque es fruto del pecado y porque es moral-

31. Véase Robert C. Roberts, *Taking the Word to Heart* (Grand Rapids. William B. Eerdmans, 1993), p. 301.

mente malo. En consecuencia, muchos cristianos simplemente llamarán pecado al racismo de Jim Bob, independientemente de cómo lo haya adquirido.³²

Cuando los cristianos no tienen empacho de hablar de pecado, están siguiendo una larga tradición. El caso paradigmático es la doctrina del pecado original. Todos los cristianos tradicionales concuerdan que los seres humanos tienen una inclinación bíblicamente certificada y empíricamente demostrable hacia el mal. Todos nosotros somos cómplices en el mal de nuestra raza y también nos sentimos molestos por ello. Descubrimos e inventamos el mal; lo ratificamos y difundimos.³³ Pero en casos particulares, incluyendo el nuestro propio, sólo Dios sabe el grado pertinente —e incluso la clase pertinente— de culpabilidad de mal moral original y actual.³⁴

Aunque no siempre seamos capaces de medir la culpabilidad del pecado, sabemos que el pecado posee una fuerza aterradora. Sabemos que cuando pecamos, pervertimos, adulteramos y destruimos cosas buenas. Creamos matrices y atmósferas de mal moral y las transmitimos a nuestros descendientes. Con la práctica habitual, liberamos un gran impulso avasallador de mal moral y espiritual a través de generaciones. Al hacer esas cosas, nos involucramos a fondo en lo que los teólogos llaman corrupción.

32. En consecuencia, en las páginas que siguen normalmente hablaré del mal moral y espiritual como pecado sin detenerme a averiguar el grado de culpabilidad de quien causa esos males. Así lo haré de ordinario, pero no siempre. A veces el aspecto de la culpabilidad levanta la mano para pedir atención, como hemos visto en el caso del pecado involuntario, y como lo veremos en los casos de adicción y de males morales que parecen inevitables en contextos sociales concretos.

33. Véase Paul Ricoeur, «“Original Sin”: A Study in Meaning», en *The Conflict of Interpretations* (Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1974), p. 284. En español, *El conflicto de las interpretaciones: ensayos de hermenéutica*, Fondo de cultura económica.

34. La tradición agustiniana y calvinista sostienen que somos culpables del pecado original. Por ejemplo, el *Catecismo de Heidelberg* afirma que «todos somos concebidos y nacidos en pecado» y que la ira de Dios «se acrecienta horriblemente, tanto por el pecado original como por aquellos que cometemos ahora» (Preg. 7 y 10). Si esto es así, entonces somos culpables en un sentido algo diferente de la culpabilidad que se emplea en la manera ordinaria de hablar acerca del pecado actual. La diferencia principal según estas tradiciones es que —ya sea porque estuvimos seminalmente presentes en Adán o porque Dios nombró a Adán como nuestra «cabeza federal»— los seres humanos nos inculpamos a nosotros mismos ya antes de haber nacido. Todo el mundo es pecador por segunda naturaleza. De ahí la posición de la Reforma de que somos pecadores no sólo porque pecamos, sino que también pecamos porque somos pecadores.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *El pecado*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2025 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!